y haciédome una especie de muro con mi sombrero, miraba muy atento, y escuchaba con mis dos oídos.

Antes me había parecido Récamier duro y severo, ahora me aparece gracioso y bueno; antes me lo habían ostentado sus libros abstracto y difícil de entender, me lo ostenta ahora su conversación claro y luminoso. Terminóse la escena con un episodio que voy á contar.

Ya se levantaba Récamier para despedirse, cuando con ademán de acordarse de algo puso otra vez el sombrero encima de la mesa, y su bastón al lado, y hundiendo la mano en el bolsillo de su pantalón: Por Dios, exclamó, se me iba á olvidar un negocio importantísimo. — ¿Qué es? preguntó el eclesiástico. — Que me sucedió una gran desgracia, padre capellán. — ¡Ca! — Una desgracia que sólo V. puede reparar. — Veamos pues. — Se trata de una fractura que V. sabrá componer perfectamente, de una operación que le suplico á V. practique. » Y diciendo, sacó el ilustre profesor la mano del bolsillo, y enseñó triunfalmente..... adivinen qué..... — un rosario. Confieso que me quedé estupefacto. El gran Récamier, el ilustre profesor encargado de enseñar no sólo en la Escuela de Medicina, sino también en el Colegio de Francia; el médico de los grandes, de los señores, hasta de los reyes; ¡ése, cuya fama es europea, rezaba el rosario como un primer comulgante, como una mujer! Sí, pues no había fanfarria en ese hombre digno: practicaba devotamente y aún santamente, y cuando narraba, lo hacía con su hombría de bien y exquisita sencillez. — (*Seguirá mañana*).

DÍA SÉPTIMO

CONSIDERACIONES SOBRE LA PRESENTACIÓN DE MARÍA EN EL TEMPLO

La consagración que María hace de sí misma al Señor, el día de su Presentación, encierra tres caracteres igualmente esenciales: Es pronta, entera, constante; ella nos enseña así que debemos darnos á Dios temprano, darnos enteramente, y darnos para siempre.

Punto I°. — La consagración que María hace de sí misma á Dios es pronta.

« Todo en la vida de María debía estar lleno de los portentos de la gracia. Libre de la mancha que mancilla y mata á los hijos de Adán en el seno que los concibió, no sólo la bienaventurada Virgen fué siempre santa, y siempre inmaculada, sino que podemos creer con razón que amó al autor de su ser y Dios de su vida al principiar á existir. Luego no nos debemos extrañar que la milagrosa niña deje la casa paterna desde la edad de tres años, esto es, á la edad en que los demás niños no se conocen á sí mismos.

« Ya no nos admiramos si María, desde su más tierna edad, piensa en llevar al templo del

Señor un corazón, con que el Dios de Jacob ha hecho ya su santuario; ya no nos admiramos si la gracia, que ilumina y dirige todos los pasos de la hija de Sión, la impele á inmolar los sentimientos más tiernos y dulces de la naturaleza al amor sobrenatural del Espíritu Santo, que ha hecho ya de su alma un paraíso de amor. Contemplemos pues con los ojos de la fe, la partida de la santa Familia, mezclemos nuestras almas, nuestros votos y lágrimas con los generosos sentimientos que admiran los ángeles en el corazón de María y en el de su madre. Con su amor va al templo la niña inmortal; allí viene á buscar la sombra y la calma del santuario, porque allí las tres personas divinas han de enriquecer de gracia al Tabernáculo vivo del Verbo hecho carne[1]. »

¡Qué espectáculo, y qué enternecedor! Adelántase María hacia el gran sacerdote, radia su frente la inocencia, y brilla su rostro celestial; júntanse sus manos para orar, fija sus ojos en el cielo, absorto su entendimiento en la inmensidad de las perfecciones divinas, en fin, pertenece á Dios. ¡Qué felicidad para ella consagrarle su corazón con toda la frescura y pureza de su inocencia!

Entrad ahora en vosotros mismos, y al ver la prontitud con que se da á Dios María, avergonzaos de vuestra tibieza en el servicio del

1. Ab. Combalot.

divino Maestro. Lo que era objeto del más ardiente deseo de María, ¿no es objeto de vuestros injustos temores? Lo que ella hace con amor, ¿no lo miráis vosotros con repugnancia? Lo que ella hace con presteza, no lo habéis aplazado vosotros hasta ahora? ¿no habéis resuelto aplazarlo todavía más? Y sin embargo. ¿Dónde leéis en el Evangelio que hay una edad en que es lícito no ser de Dios, vivir según sus deseos, satisfacer sus pasiones pertenecer al mundo y al demonio? ¡Cómo! « fuisteis regenerados en las aguas del bautismo, renunciasteis con solemne juramento al mundo y á la carne, para pertenecer á Jesucristo, y ¿pensáis que, en el primer trascurso de vuestros años primeros, podéis olvidar á Dios, y todos los mandamientos de Dios, para seguir las codicias de la carne y entregaros al mundo? El mundo os lo dice, os convidan á ello las pasiones; mas Dios os condena, declarando por su profeta que os es ventajoso el llevar su yugo desde vuestro primeros años[1] » Para felicidad vuestra, creed en Dios, más bien que en el mundo.

Punto II°. — Es entera la consagración de María al Señor. Desde el origen del mundo había visto Dios ofrendas en sus altares, y muchas veces ya había subido hacia su trono el perfume de los sacrificios, pero jamás le habían

1. W. Bretonneau.

hecho ofrenda semejante, jamás criatura le había presentado un sacrificio de tanto perfume; tratemos de comprender su excelencia. Al darse á Dios, María se da enteramente, y se da sin reserva; consagra á Dios para siempre y exclusivamente todos los movimientos de su corazón, todos los pensamientos de su alma, todas las palabras de su boca, todas las obras de sus manos, todos sus pasos y diligencias. Rompe todos los vínculos que la enlazan á sus virtuosos padres, renuncia al mundo que á la edad joven se presenta bajo tan seductoras apariencias, sacrifica su porvenir y sus más halagüeñas esperanzas, inmola su propia libertad para no tener más voluntad que la de Dios. En una palabra, no quiere vivir, hablar y obrar más que por el Señor, el cual será en adelante su única herencia.

Esa consagración que María hace de sí misma al Señor es tanto más admirable, cuanto que no había en la nación hebrea ejemplo alguno de un voto de esa especie. La esterilidad pasaba por oprobio entre los Hebreos, porque quitaba toda esperanza de ser madre del Mesías. Condenada á morir por el temerario voto de su padre, la hija de Jephté no experimenta más pesadumbre que la de morir virgen, y pide permiso antes de su sacrificio para ir con las compañeras de su edad á llorar su virginidad en los montes. Lo que sacrifica María por el voto de virginidad es pues de la mayor importancia.

En efecto, ella era de la tribu de Judá, y no ignoraba que el Mesías había de nacer de esa tribu. Era de la familia de David, y sabía que el Mesías había de nacer de esa familia. Varias profecías muy esparcidas concurrían á que se supusiera muy próximo el advenimiento del Mesías en el tiempo en que ella vivía. Luego al consagrarse á la virginidad, María renunciaba, según las ideas de su nación, á la esperanza más gloriosa y fundada que hubiera jamás de ser la madre del Mesías. Era sin duda poderoso motivo para arredrarla de su designio, ó al menos un pretexto para disculparla de no seguir el atractivo de la gracia; se eleva su alma sobre todos esos obstáculos, y corresponde generosamente á los designios de Dios.

¡Ah! pecador, te diste á Dios, dices que le perteneces, pero ¿imitas la liberalidad de María? ¿Te diste enteramente, tu corazón, tus sentidos, tu voluntad, todo tú mismo? ¿No guardaste algo? Dios no acepta los sacrificios incompletos. — Si no te das á la piedad y á la virtud francamente y sin reserva alguna no te quejes de la tibieza de tus oraciones, del cansancio que encuentras en el servicio de Dios; no son las dulzuras de la gracia para los cobardes, y no es comprarlas demasiado caro el pagarlas con el precio de todo tú mismo.

Punto III°. — La ofrenda que hace María de sí misma es irrevocable. Fuera poco para María el dar á Dios sus primeros años, y limitar la

consagración de sí misma á cierta edad y cierto espacio de tiempo. No; nada de términos á su amor; lo que ella es hoy, lo será toda su vida; cada latido de su corazón ratifica la ofrenda que hace en ese día, y en santo arrobamiento, exclama con la esposa de los cánticos: *Ya le hallé, ya le poseo al divino esposo de mi alma. Nada en adelante podrá separarme de él; es mío para siempre, y yo soy suya.*

Y todavía va más lejos. Como desconfiando de la inconstancia de su corazón, se empeña con irrevocable compromiso. Cautiva voluntaria del Señor, pone en el yugo que ella se impone su gloria y su seguridad, y aficionándose á lo que hay de inmutable en Dios se hace en cierto modo inmutable como él. No se verán en su conducta vicisitudes vergonzosas, ni monstruosos desfallecimientos, que interrumpieran la constancia de su sacrificio. — Lejos de mirar hacia atrás cual las almas indolentes, irá siempre creciendo su fervor, elevándose cada día de virtud en virtud. ¡Ay! ¡cuán lejos estáis de esa constancia! No es vuestra vida más que una alternativa de promesas é infidelidades, de resoluciones tomadas, y abandonadas luego. No prometéis á Dios más que para faltar á vuestra palabra. ¿Por qué tanta inconstancia, y quién podría disculparla? ¿No es Dios siempre y en todos tiempos el Dios vuestro? ¿No tiene siempre con vosotros las mismas relaciones esenciales de criador, de

bienhechor y de dominador supremo? Sí, por cierto; y la justicia, el amor y agradecimiento os imponem la indispensable obligación de consagraros á su servicio; ¿acaso es demasiado el dar á un Dios tan grande toda la vida del hombre que es tan corta?

¡Oh Dios mío! Héme cubierto de confusión al compararme con el amable dechado que acabo de meditar. Desde la más tierna edad, ya María había adelantado en las vías de la justicia, y yo aún no hice nada por tu gloria. En adelante yo quiero ser tuyo; sé tú mi esperanza, mi vida y mi todo. Dios mío, tú me diste misericordioso un cuerpo con sus sentidos yo te los consagro; un espíritu y un corazón, yo te los entrego; sea tuyo cuanto tengo; dígnate aceptar mi ofrenda. ¡Oh, sabiduría infinita! ¡Oh infinita bondad y poder infinito! yo quiero amarte con todo el ardor de mi alma; yo lo querré cada día más, y mañana más que hoy. Haz pues que vaya yo creciendo en tu santo amor, y que sea ese amor un fuego que consuma mi corazón. Amén.

EJERCICIO

Comulgar en las fiestas de la Virgen, y rezar aquel día con más fervor para alcanzar la gracia de imitar la generosidad de su sacrificio.

ANÉCDOTAS EDIFICANTES

Ingenioso medio de enmendarse de una mala costumbre. — Se hallaba un día una religiosa del Buen Socorro á la cabecera de un general enfermo para cuidarle. De repente oye salir de la boca del soldado una de esas palabras feas que suelen soltar los hombres de guerra. Se sobresalta la religiosa : « ¿ Qué hay, caballero ? — Nada, hermana ; me está doliendo mucho esta gota, y este es el modo con que yo expreso mi dolor. Un momento después, otra blasfemia todavía más expresiva.

Pierde la religiosa su serenidad. — Caballero, exclama, no me han acostumbrado en mi convento á oír tales cosas ; si así seguís, voy a retirarme, y os cuidará quien quiera. — No, no, quédese, hermana. — ¿ Con la condición de que no blasfemaréis más? — Pero ¿ qué quiere usted ? es una costumbre añeja del cuartel, y no es fácil arrancarla. -- Sí, lo es con algo de voluntad ; yo os ayudaré, ya que estoy aquí... Vamos á ver, parece que tenéis no pocos duros en esa bolsa que está encima de la mesa. Pues bien, si lo tenéis á bien, yo tomaré uno cada vez que se os escape algo ! — Va bien, dijo el general, el cual no ponía grande importancia en la proposición. Todo anduvo bien un momento, pero súbitamente, acomete la gota, y prorumpe el general en blasfemias. Esta vez queda muy serena la religiosa ; sólo que echando mano á la bolsa, saca un duro. — ¿ Qué hace V., hermana ? exclama el militar, olvidando á fingiendo olvidar lo convenido. — ¡ Cómo ! ¿ no os acordáis que según tenemos dicho, cada blasfemia vuestra ha de ser un duro para los pobres ? » Callóse la boca el general ; pues habiendo consentido en el castigo, era preciso someterse ; y con eso estuvo un par de horas sin blasfemar. Luego después, estalló otra : abrióse la bolsa, y otra vez pasó un duro á manos de la religiosa. En fin, á pesar del cuidado que tuvo el general, cinco duros más se hicieron caudal de los pobres. Al registrar su bolsa por la tarde, le pareció que le costaban algo caro sus blasfemias, y se propuso escasearlas en adelante. En el día siguiente sólo dos ó tres se le escaparon, y los demás días, apenas le sucedió soltar una. ¿ Se enmendó radicalmente, sin ningún vestigio de su mala costumbre ? No lo sé ; pero el castigo que se impuso el general tuvo por efecto no blasfemar durante su enfermedad ; y sin saber lo que aconteció más tarde, es de creer que ello debió influír en el resto de su vida. Es infalible medio de corregirse de sus defectos el imponerse una penitencia después de sucumbir. ¿ Por qué ? preguntará alguien. Por que así somos los hombres : lo que nos cuesta nos duele, y jamás estamos más dispuestos á evitar una cosa, que cuando hemos sido castigados por haberla cometido ya una vez (*Crónica meridional.*)

Voto de dos hermanitos saboyanos. — Uno de los nombres con que se invoca á la Virgen, es el de Nª Sª Auxiliadora, que significa la mismo que Nª Sª del Buen Socorro. Tengo leída sobre ello la graciosita historia siguiente. A últimos de noviembre 1848. Juan y Martín, dos hermanitos saboyanos, de edad de doce años apenas, después de bendecirlos la madre, y recibir de sus manos una medalla de la Virgen santa, que ellos llevan colgada al cuello, dejaban sus montes ya cubiertos de nieve, para venirse al rico país de Francia. En el camino, por los escarpados y peligrosos senderos, los pobrecitos decían entre sí : « Muy jóvenes somos para ir tan lejos sin dinero ; pero no nos separemos, y rezaremos mucho á Dios y á su

buena Madre ; Dios mirará por nosotros, y guiará María nuestros pasos ; ella proveerá á nuestras necesidades, y nos guardará de todo mal ¡ es tan buena ! ¡ es tan poderosa ! Y luego, ¿ á qué no nos expondríamos por proporcionar socorros á la pobre madre, que, desde que es viuda, no tiene pan para dar á la hermanita y á los dos hermanitos. ¡ Jesús ! ¡ cómo lloraba al despedirnos de ella ! » Así procuraban los dos graciosos muchachos darse aliento contra el pavor, que empezaba ya á invadirlos en medio de las inmensas selvas, y hondos precipicios que los rodeaban, cuando columbraron al pie del monte la capilla de Nª Sª Auxiliadora á quien su madre les había recomendado que visitaran.

Allá vuelan llenos de fe y confianza, y ambos de rodillas en la misma baldosa, animados con el mismo sentimiento de amor, de fe viva y piadosa confianza, hacen juntos esta plegaria tierna y sencilla á Aquella á quien jamás se invoca en balde : « Virgen buena, toma bajo tu protección estos dos saboyanitos que van á Francia solos y sin auxilio á buscar pan para su pobre madrecita. Nosotros te prometernos, ¡ oh María ! que, si llegamos sin novedad, destinaremos los primeros veinte sueldos ganados, á una misa en tu honor por las almas que padecen en el purgatorio. » Y los pobrecitos, confiados en el voto que acaban de hacer á María volviendo á emprender el camino con nuevo aliento, y con la ayuda de Aquella á quien llaman guía del viajero, llegan por fin al término de su viage. Apenas en Francia, se pusieron á trabajar, y habiendo recogido veinte sueldos, fueron corriendo á ofrecerlos á un sacerdote, suplicándole que dijera la misa que habían prometido á María, por haberlos guiado tan admirablemente. Hoy día, ayudados con algunas dádivas Juan y Martín han llegado á tener algo y quizá están para reunir gran caudal, y esa

fortuna tendrá por fundamento los veinte sueldos consagrados á Dios, y bendecidos por la santísima Virgen.

Continuación del Avemaría del doctor Récamier. « Señores, yo rezo el rosario, dijo volviéndose hacia nosotros con la sonrisa en los labios. Cuando estoy solícito por un enfermo, cuando me veo falto de recursos, por ser impotente la medicina, y la terapéutica ineficaz, me dirijo á Aquel que sabe curarlo todo. Sólo que tengo que usar de diplomacia, y como, apurado por mis ocupaciones, no puedo orar mucho tiempo, tomo por medianera á la Virgen al ir á visitar á los enfermos, recitando, uno ó dos dieces del rosario. No hay cosa más fácil ¿ no es verdad? Voy sentado tranquilamente en mi coche, deslizo la mano en el bolsillo, y luego... entro en conversación. El rosario es mi intérprete ; acudo con frecuencia á ese intérprete, y ahora está cansado, está enfermo, y por eso suplico al padre capellán que lo examine, consulte su estado, le opere si es preciso, en una palabra me lo cure. »

Mi padre aprobó con dos ó tres palabras, di yo alguna señal de adhesión ; tomó el descompuesto rosario el conde Malet, prometió ponerlo luego en buen estado, y se retiró el señor Récamier.

Por la noche al acostarme, tenía yo la cabeza y el corazón llenos de aquella visita ; no pude menos de pensar en las necias chirigotas de sinnúmero de gentes, que se figurarían perder su dignidad, si rezaran seguidas algunas avemarías : « Amigo, me decía más tarde Récamier, con el lenguaje figurado, pintoresco y excéntrico que le era familiar, el rosario es una *campanilla*, cada *avemaría*, una *intimación*, ó mejor dicho, una *petición* bien apostillada. Vemos venir todos los días á París no pocos

papanatas, para suplicar á las autoridades, á los poderosos y ricos. Paraser admitido lograr en las Tullerias, en palacio, se necesitan protecciones, demandas de audiencia, amigos de alto copete; para penetrar en un ministerio, hay que hacer numerosas diligencias, lograr la benevolencia (difícil de lograr) de los empleados, y hasta alguna vez de los señores ordenanzas de oficina. Pues bien, para hablar á la Virgen, no hay cosa más sencilla; tocar la campanilla, es decir, sacar el rosario; ya luego se abre la puerta; presenta uno su petición, y la virgen es tan buena, que, á no haber motivos particulares, queda desde luego atendida la plegaria. »

Y con esta ocasión, me contó Recamier la piadosa historia siguiente. Renuncio á escribirla tal como me la dijo, por ser insuficiente la pluma para reproducir el embeleso y acostumbrado colorido del narrador. Los que conocieron al ilustre profesor, podrán formarse una idea de lo que debió de ser relato semejante en boca de Récamier.

Estaba ese médico visitando á un joven matrimonio, que vivía en la calle de Bac, no lejos de la tan conocida iglesia de las Misiones Extranjeras; y el doctor le atendía particularmente por dos razones: la primera, por que conocía desde mucho tiempo á la joven mujer y su honorable familia, á quien profesaba grande amistad (cuando Recamier estimaba, no era por un día, ni por un año, ni sobre todo á medias). La segunda, porque le parecía el marido muy enfermo y gravemente comprometido; y era un punto culminante en el carácter de Récamier que, cuanto más terrible le aparecía una enfermedad, tanto más se aplicaba á combatirla; cuanto más terrible se ostentaba el enemigo, con más ahinco trabajaba para vencerle.

Pero ¡ay! después de tres meses de lucha, y á pesar de la habilidad y esmero del combatiente,

vino la derrota con su escolta de conjojas de sollozos y desesperación. Hay enfermedades ante las cuales fracasan miseramente todos los esfuerzos, y toda la ciencia humana.

Padeciendo de hipertrofia del corazón, estaba cada día amenazado el enfermo de esas rupturas fulminantes que llaman aneurisma. Sobre ese peligro, había tenido esperanza Récamier, pues había encontrado medio para encadenar en cierto modo el centro de la circulación, para impedir sus saltos bruscos, y ablandar los choques perturbadores.

Pero se declaró nuevo mal, mal profundo y tiránico, casi siempre indomable, el mal que constituye la enfermedad del pecho. Expectoraciones de sangre anuncian la aparición del nuevo enemigo, y poco á poco demuestra el examen que los pulmones están invadidos, y como carcomidos por espantables tubérculos.

Era una sentencia de muerte, irrevocable sentencia, ante la cual el médico no tenía más que inclinarse.

Pero cuando uno no puede curar, procura consolar, y á pesar de la pesadumbre que le causaba la lenta derrota, Récamier aparecía todos los días con palabras de consuelo, y remedios destinados á atenuar algo los postrimeros padecimientos *(Seguirá mañana).*